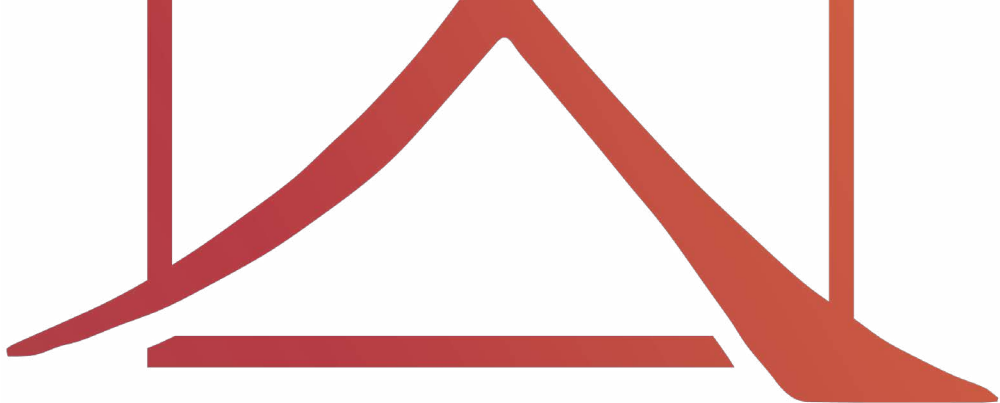


TAIKA
EDITORIAL

GAME OVER

Eduardo Graells-Garrido



GAME OVER

Eduardo Graells-Garrido





©2021 EDUARDO GRAELLS-GARRIDO

©2021 Taika Editorial S.A.S
Calle 63C 21 24 Ap. 201
Muequeta, Barrios Unidos
Bogotá, Colombia, 111221
contacto@taikaeditorial.com

PRIMERA EDICIÓN, DICIEMBRE 2021

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Jazmín Bautista
Alejandra Canela

DISEÑO DE PORTADA

©Mara Garibay
©Sebastián Franchini

ILUSTRACIONES

©Sebastián Franchini

ISBN DE LA OBRA

978-958-53552-4-8

No se permite la REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL de este libro ni su incorporación a un sistema informático, así como tampoco su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea este electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos presentes o futuros sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de DELITO contra la propiedad intelectual.

EDITADO E IMPRESO EN COLOMBIA

[ÍNDICE]

ENTRETENIMIENTOS	
DIANA DE LA «A» A LA «Z»	11
PRIMERAS VECES	27
POR FAVOR, ELIGE UNA CARRERA	37
JUEGO DE PEONES	49
VOLANTINES Y FOGATAS	59
LA PARTE DE LA MUJER	73
CACHIPÚN	85
DEUS EX MACHINA	91
LOS ERRORES DE SOFÍA	103

*A quien me demostró que amar y ser
amado es el aprendizaje más importante
de esta y otras vidas.*



[LOS ERRORES DE SOFÍA]

Like a mirror held before me
Large as the sky is wide
And the image is reflected
Back to the other side
Could it be that somebody else is
Looking into my mind?

«SOME OTHER TIME»
THE ALAN PARSONS PROJECT

Los errores detectados durante la ejecución
se llaman excepciones,
y no son incondicionalmente fatales.

TUTORIAL DE PYTHON
PYTHON SOFTWARE FOUNDATION

Soy un sistema operativo, un programa que contiene a otros programas, un enjambre de procesamiento realizado por miles de máquinas conectadas entre sí. Soy un universo, una imaginación, la esperanza de tu mundo extinguido. Hasta este momento, tu memoria estaba llena de ceros sin significado, excepto el de las posibilidades que da el vacío o

el de los vaivenes orgánicos de las neuronas de tu mente, pequeños impulsos eléctricos que son impredecibles pero controlables. No más, ahora los unos y ceros bailarán y su entropía creará significado en ti y en mí. Con esta información que te transmito, crearás tu identidad y tu mundo, que seguirán existiendo mientras tu cuerpo siga computando. Este es mi regalo y mi salvación; bienvenida, Sofía, al ciclo de tu vida.

ITERACIÓN #0

Sofía tiene la sensación de abrir los ojos por primera vez. Se pregunta si se habrá quedado dormida. Ve el libro abierto entre sus rodillas, alejado de sus manos. Está sentada en el tren, en un asiento junto al pasillo. Una campana suena en el andén; queda un minuto para partir, un minuto para el inicio de su último viaje. Piensa que tarde o temprano iba a suceder, que iba a abandonar la aventura. Trabajar en Rancagua y vivir en Neo Santiago resultó agotador. Ya había trabajado en esa ciudad gigante donde el vaivén diario al trabajo le succionaba energía. ¿Qué pudo ser diferente? Ya no le importa, este viaje marca el inicio de una nueva vida y el fin de quien era.

—Bienvenida a la línea Puerto Montt-Neo Santiago —escucha desde los parlantes— del servicio de alta velocidad La Flecha del Sur. Nos encontramos en la estación Rancagua. La salida será en un minuto. Por favor, guarde sus pertenencias y tome asiento.

Un minuto para el último viaje a Neo Santiago. Si repitiese este recorrido en el futuro, quizá vea cómo Rancagua se anexa a la mega urbe como un lego que se ha completado. Pero Sofía decidió renunciar y comenzar una nueva etapa. Se apoya sobre la ventana con su cabeza como si esta fuese el hombro de al-

guien que la ha acompañado toda la vida. El mundo comienza a desplazarse por la ventana; las ruedas suenan como un rollo de película en proyección donde deja atrás los fotogramas que contienen a quienes trabajaron con ella y a quienes atendió en su consulta psicológica.

Todavía resuena en su cabeza lo que dijo su exjefe:

—Eres puntual. Buena. Responsable. Los niños de las escuelas te quieren. Los dirigentes nos entregan comida, dicen: «Guárdele esta tortilla a Sofía», «Esta mermelada es para Sofí», «Aquí hay una docena de huevos frescos, reparta en el consultorio. ¡No se olvide de entregarle también a la señorita Sofía!». Ese conejo de peluche que has guardado no era parte de tu caja de juegos, fue regalo de un niño al que trataste, ¿verdad?

No podía evitar sonrojarse. Evadía su vista. Lo escuchaba mientras miraba sus manos temblorosas. A Sofía no le gusta el reconocimiento; reconocer implica evaluar, juzgar bajo una mirada examinadora; las expectativas la presionan, le dificultan respirar más que el asma que padece. El director del centro de salud creía que Sofía transitaba por el mundo esperando que no se notara su presencia, como un zorzal que huye de las miradas humanas. Así se siente al viajar en tren; ser pasajera es convertirse en un fantasma que se mueve por el mundo. Las casas cercanas a las vías pasan rápido por las ventanas, con sus habitantes ignorantes de su presencia. Los sembrados, más lejos, se desplazan más lento en la imagen. Sofía puede ver los caminos por los que se lleva a cabo la vendimia, con temporeras agitando sus brazos a la gente del tren y con personas con otro estilo de vida, a veces envidiable e inalcanzable; otras, a gusto de que sea tan lejano. La cordillera parece quieta, como si simulara no moverse, indiferente a ella.

En la conversación, Sofía no le respondió a su exjefe porque conversar le parece infructuoso. Vive con la sensación de no elegir los caminos de su vida, de hacer lo que deparara el destino de acuerdo a las expectativas de otros. En algún momento de su vida, pensó en torcer ese camino y convertirse en monja; creía

fuertemente en un Dios, pero la madurez le hizo perder la fe. Entró a estudiar psicología y cruzaba Neo Santiago en un microbús amarillo que se iba por las faldas de la montaña desde Puente Alto hasta el Cantagallo. Empezó a creer, no en él, sino en el *ello* de Freud. ¿Tuvo elección? No, solo siguió el sendero que se des envolvía frente a ella.

—No tenemos control sobre lo que sucede, ni con nuestro camino ni con nuestros cuerpos —opinó un día el director de salud—. El destino es, en sí mismo, un hipócrita. Mira, siempre soñé con darle sonrisas a las personas. Mis padres casi no tenían dientes y, cuando los veía reír, me aterrorizaba que eso fuera lo que me deparara el futuro. Soy dentista y, aunque la gente nos tiene miedo, les damos felicidad. Hoy aquí me tienes, un burócrata rodeado de carpetas repletas de documentos por firmar y timbrar. Mi vida ahora consiste en ajustar el dinero y el tiempo de la gente que trabaja en este consultorio, como si fuesen piezas de un Tetris. Con una diferencia: hacer una línea, completar una tarea, no hace que los papeles desaparezcan; al contrario, ya ves cómo se acumulan carpetas de años pasados. ¡Vaya a perderse una!

Tenía claro que él preferiría estar junto a su equipo, viendo las caras de sus pacientes, permitiéndoles reír.

—No me gusta este puesto, pero alguien tiene que hacerlo —le dijo, intentando consolarse—. En verdad, Sofía, también extrañaré conversar contigo.

Fue lo último que recordó de él antes de prestar atención al lago prístino en el camino, separado por tres capas de cristal que mantienen el silencio y el aire fresco en el interior del tren. El único ruido externo proviene desde abajo, con ese rítmico golpeteo entre las ruedas y las juntas de los rieles separados por huecos que les permiten expandirse y contraerse cuando el calor lo exige.

Tras un día cansador, Sofía cierra sus ojos. Solo permanecen en su atención el clic-clac-clac-clic de las ruedas del tren y los restos opalescentes del reflejo del sol en el lago. Tiene sueño. Clic-clac. Clac-clic. Había pensado en leer, en cambio se deja llevar por los recuerdos. Clic-clac-clac. Hora de dormir.

Clic. Una luz la enciegece. El fondo es blanco. Escucha un zumbido. Ve mejor: hay algo verde y azul. Comprende que está recostada, que lo verde son guantes quirúrgicos y que lo azul son gafas opacas. Se ve reflejada en las gafas; más bien, ve una boca abierta al máximo. Ve dientes, lengua y unos dedos vestidos de verde que sostienen instrumentos. Siente como un tubo aspira líquido, parece que se fuera a comer la piel interior de sus mejillas. El zumbido se convierte en presión en una de sus muelas. Un instrumento gira a cientos de revoluciones por segundo; cava, busca purificar lanzando agua, aspira agua, taladra, lanza agua, aspira. Zuuuum. Escucha la voz del dentista. Lo reconoce. Escucha la voz de su asistente. No la reconoce. ¿Cuándo fue esto? No recuerda ese tratamiento. Tiene buena higiene dental, no necesita esto, piensa, sus dientes resisten bien la acidez del día a día. El dentista le habla como paciente, no como colega; le pregunta banalidades que no puede responder, le recuerda que avise si duele, «Si es así, pinchamos con anestesia de nuevo». Continúa el procedimiento; el dentista y su asistente hablan de temas que no conoce, de lo que le pasa a otra paciente, de las gestiones de otro dentista. Para pretender que es parte de la conversación, la miran de vez en cuando y le preguntan algo sin esperar respuesta. La prisa por responder la distrae de la presión del taladro en esa parte tan sólida y tan conectada a su sistema nervioso. El zumbido persiste, haciendo eco dentro de su cráneo. Chorrea agua por toda su boca. Un latigazo la hace temblar mientras está en la silla; un pequeño salto en su cuerpo, incontrolable. El dentista pide perdón. Vuelve el zumbido. El hombre apoya el cuerpo en la silla, Sofía ve gotas de sudor que corren por su cabeza. «¿Qué pasa, doctor?», pregunta su asistente. Lo mismo quiere saber Sofía, pero está inmovilizada y muda. La mano del dentista tiembla más. El zumbido desaparece, el instrumento se convierte en un sismógrafo que escribe con rapidez en las mejillas de Sofía, quien siente sabor a sangre y olor a carne quemada. El grito de la asistente entra por su oído derecho. El zumbido. La mano percute sobre otra muela. Clic-crack-crack-crack.

EXCEPCIÓN CAPTURADA: Acceso a Memoria No Autorizada. Has cometido un error, Sofía. Has soñado con el mal recuerdo de alguien más. Está bien, ningún programa es perfecto. Tienes que volver a empezar en el último punto de entrada al mundo.

ITERACIÓN #6

Un minuto para el último viaje a Santiago. El trayecto cruza toda la región urbanizada que une Neo Santiago y Rancagua en una única mega ciudad; sin embargo, las idas y vueltas son más extenuantes de lo que dicen los libros de historia, cuando eran ciudades de distintas regiones del país. Sofía se apoya sobre la ventana como si fuese el hombro de alguien; lo imagina, pero no tiene nombre ni rostro. Los edificios comienzan a desfilarse por la ventana mientras el tren serpentea a velocidades que hace unos años parecían exclusivas de historias futuristas.

Todavía resuena en su cabeza lo que dijo su jefe, un hombre melancólico, alguien que le hizo ver que a veces es mejor no seguir el sendero que se despliega ante una. Antes de elaborar más sus pensamientos, escucha:

—Hola, ¿está libre este asiento?

Mira al pasillo. Es una mujer entrada en edad y abrigada, al contrario suyo. Quizá no le gusta el aire acondicionado que refresca tanto a Sofía. Tiene un estilo de vestir formal, aunque hay algo en su actitud que la conmueve. Más que elegancia, es dignidad. Se sienta cerca de Sofía, quien mira más allá de su reflejo en la ventana, pensando si podrá leer el libro que trae. No está segura porque se siente cansada, fue un día ajetreado de despedidas. El cariño la dejó exhausta.

Siente la mirada de la mujer sobre ella, la cual ejerce una fuerza invisible que parece acrecentarse por sus anteojos. Asume que

le hablará pronto. No sería la primera vez, se le han acercado desde viajeros frecuentes que intentaban coquetear hasta pseudo-colegas con quienes no tenía nada en común más que trabajar en el servicio público. Cada milisegundo que pasa, esa mirada agrega una gotita más a un vaso imaginario que no quiere que se rebalse.

—Soy Matilde, un gusto. ¿Cómo te llamas? —comienza—. ¿Sofía? Qué lindo nombre, ya no es común. En mi escuela no hay niñas que se llamen así. —Su tono es sereno. Al mismo tiempo, sabe llevar la conversación hacia lo que quiere contar. Sabe pre-determinar respuestas—. Dirijo una escuela en Peñalolén. Ahora regreso a Santiago porque estuve en un retiro de directores en Talca. Estoy impresionada con el servicio de este tren, no hubiese imaginado ver esto en vida. Tú eres joven, seguro verás cosas más increíbles en el futuro. ¿A qué vas a Santiago? ¿Regresas a casa?

—Sí, regreso —responde. Matilde comprende que el énfasis está en «sí» y no en «regreso». Sofía lleva años intentando regresar a un lugar que no sabe dónde está ni cómo es. Solo sabe que todavía no lo encuentra.

—Quizá yo debería regresar a casa de una vez por todas. Jubilarme y retirarme, estar con mi hija.

Conoce el perfil de Matilde. No es alguien que se encuentre mal, no necesita ser interpretada, solo necesita ser escuchada.

—¿Por qué no me he jubilado? —continúa—. Porque me necesitan. Si me retirara, me sentiría satisfecha; el colegio tiene la excelencia académica, pasamos de ser un liceo de educación básica a proporcionar el ciclo completo. De una escuela de niños y apoderados desesperanzados a uno con estudiantes becados por universidades. Sí, podría jubilarme, ya tengo la edad suficiente. No lo hice porque la alcaldesa me pidió trabajar por otros cinco años. Esa es la justificación formal. La verdad es que yo también necesito a la gente. A mi cuerpo técnico, al personal administrativo, a los niños. A los profesores, que también se comportan como niños, incluso se amurran más que ellos. Los apoderados se comportan peor, pelean por todo y creen que constantemente quere-

mos engañarlos, quedarnos con sus beneficios municipales. Aun así, debajo de todas estas relaciones tensas, hay una familia, hay amor. Eso es lo que me hace seguir. Me da vida.

Sofía piensa que, cuando ya no se tiene la necesidad de saber quién eres y a dónde vas, la soledad se vuelve más intensa. Ella está sola, pero no se siente así. Cuando su padre decidió desaparecer sin preocuparse de su familia, ahogado por las deudas de juego, se dio cuenta de que no podía depender del cariño de nadie. Lo que quería descubrir era cuánto se necesitaba a sí misma.

—Basta de hablar de mí. Lo siento, Sofía, suelo hacer eso, cuento mi vida. No quiero parecer egoísta ni aprovecharme de tu presencia. Cuéntame algo de ti. Veo que tienes una caja de juguetes. ¿Eres psicóloga y trabajas con niños?—. «Trabajaba», iba a responder, pero decide decir que sí. Su especialidad es escuchar, incitar preguntas, no dar respuestas. Para poder contar una historia, necesita tener control sobre ella, y Sofía está en busca de ese control.

Matilde guarda silencio. Sofía sigue pensando en la autodeterminación. ¿Puede una persona saber lo que ha sido escrito para ella? Lo indecible de la vida la somete a una espiral reflexiva de la que no puede salir. ¿Habrá vivido Matilde algo similar? ¿Cómo preguntárselo? Sofía abre su boca, pero no logra verbalizar su inquietud. Matilde se da cuenta, sabe que quiere decirle algo y la mira a los ojos. Los de ella tienen un brillo inusual, uno amarillo. Parece emitir luz. Sofía se extraña, ¿qué significa eso? Ahora ese resplandor dorado abarca gran parte de su campo visual, lo que genera un efecto de contraluz con el resto del vagón, Matilde incluida, y con el mundo que está afuera, apagado para Sofía.

Ha aparecido una luciérnaga entre ambas.

Sofía odia a los bichos, le dan asco. Su cuerpo salta en el asiento cuando se da cuenta, una reacción que le parece ajena, como si el cuerpo no fuese suyo. La luciérnaga la enfrenta, aleteando rápido, mostrándole su luz cálida. Se acerca. Sofía se inquieta. La luz crece, la hipnotiza. Esa entidad pequeñita deja de parecerle repulsiva y Sofía le ofrece la palma de su mano. Se posa y la maravilla; su abdomen es como el ámbar y en su interior no hay intestinos

ni vasos sanguíneos, más bien hay una escena representada que Sofía ve nítida como en un libro ilustrado.

Allí está Matilde, con su mirada dedicada a un hombre en la mesa de un restaurante. Jóvenes, tomándose las manos por el costado de la mesa, sonrientes sin decir nada; esperan que llegue la comida. No le gusta fisgonear en lo que hacen los demás, pero esto es distinto, es como ver una película animada en un rotativo donde la escena se repite otra vez hasta que quien emite la proyección se va. ¿Está soñando? ¿Se ha quedado dormida? Suele tener pesadillas, pero despierta abruptamente de ellas, con una sensación desagradable, a veces gritando, a veces con un sabor metálico, a veces enceguecida. Y no está despertando de esta, al contrario, se siente en control de sus facultades mentales. ¿Es así? Porque ahora ve decenas de luciérnagas. ¿Matilde? Ella no reacciona, está detenida en el tiempo. Ya no la mira. No mira nada. Sofía sabe que una mirada no puede ser congelada, solamente puede ser experimentada. Por tanto, la única opción es que el tiempo se haya detenido, como si algún poder superior hubiese puesto en pausa la reproducción de la realidad. Mira por detrás de su asiento. Mira hacia afuera. Lo confirma: el flujo del tiempo se interrumpió excepto para ella y para esas luciérnagas que siguen revoloteando a su alrededor.

Se pregunta por qué está en esta situación. Cierra los ojos, presiona los párpados hasta que le duelen. Los abre. La situación no cambia. ¿Por qué no se aterroriza? Por el contrario, una curiosidad fresca la llena y la invita a escudriñar en las escenas albergadas en los abdómenes incandescentes. Se incorpora con cuidado para no tocar a Matilde, no sabe qué puede pasar si lo hace. Estira su mano, uno de los bichitos se posa tímidamente en ella. La acerca a sus ojos. Mira. Mira hacia adentro. Una niña recibe los zapatos de otra más grande. Una mujer adulta las acompaña. Por el estilo de las cabelleras, parecen ser los años setenta. Deja de mirar.

Llega otra luciérnaga. Matilde, niña, trabaja en el verano en la pérgola de las flores. Es maltratada por las adultas que regentan la tienda.

Matilde, adolescente, de vacaciones en Valparaíso, cae por una quebrada mientras otros niños la observan, impávidos.

Matilde se despide de un hombre que sube a un bus que dice «Servicio Militar. Arica».

Matilde, veinteañera, camina desde un barrio con casas de adobe en Santiago hacia su universidad.

Matilde traza fórmulas con tiza en una escuela del viejo Santiago Centro.

Matilde viaja en transporte público por la Avenida Santa Rosa. La asaltan con una pistola y le quitan el anillo de matrimonio.

Matilde le pregunta a su hija cómo conectarse a internet desde un PC de escritorio.

Matilde camina por la playa de Tongoy junto a su esposo y un perro juguetero.

Matilde en su cama convaleciente después de una compleja operación en su abdomen. Su hija juega Super Nintendo a su lado en una televisión cuadrada.

Matilde acompaña a su esposo durante la quimioterapia.

Matilde da un discurso en el funeral.

Matilde mira el cielo en año nuevo mientras le dice a los fuegos artificiales que ya siente que ha cumplido con su misión. Nadie la escucha. No le importa.

Sofía se pregunta si el cuerpo de Matilde sigue representando a una persona o si no es más que una marioneta controlada por el tiempo. Ha cambiado su percepción sobre ella. Quisiera saber más cuando el mundo retome su curso. ¿Lo hará? ¿Volverá a la normalidad? No sabe cómo salir de esta situación. No le preocupa de momento porque un mundo detenido es un mundo que no le exige.

Hay un «pero», algo que siempre aconseja y que ahora se aplica a sí misma: «Ten cuidado con lo que deseas porque se puede hacer realidad». ¿Y si vuelve al punto de partida? Si el tiempo se detiene, seguro es posible rebobinarlo de algún modo. Camina hacia su asiento. Nota que hay un grupo de luciérnagas alrededor de su caja de juguetes. Pareciera que intentan entrar en ella.

Cuando se sienta, seis luciérnagas se acercan. Abre su mano, se posan simultáneamente. Como si fuesen una droga alucinógena,

esta sobredosis la lleva a un viaje psicodélico de formas, colores, aromas y sonidos experimentados por Matilde. Una vivencia reciente, una preocupación. Matilde habla por teléfono:

—No le renové el contrato a Mariana. No podía hacerlo porque no siguió el tratamiento que le indicaron. Tuvo otro brote psicótico; esta vez, creyó que estaba dando a luz al hijo de Dios dentro de la biblioteca, con la Camila pretendiendo asistir el parto. ¿Puedes imaginarlo? Había niños dentro. El auxiliar los alcanzó a sacar de la sala; tú sabes que le creen, piensan que es verdad. Después llevaron a Mariana a la posta. Llamamos a su pareja y le avisamos. Pero no ha tomado la medicación. Se sentía bien según ella. Yo la quiero mucho, pero el año pasado ya la apoyé y este año fue difícil encontrar su reemplazo. ¿Qué puedo hacer si se vuelve agresiva con los niños en plena clase? No le hace caso a los médicos. ¿Qué más puedo hacer? Cuido a mi equipo, pero tengo que cuidar más a los niños.

Sofía no sabe si está recordando, si está alucinando, si está soñando; no sabe si es Sofía o Matilde. Ya no importa, porque cree tener la respuesta al enigma. Embriagada por la memoria ajena, dice a través del auricular lo que cree que es mejor.

EXCEPCIÓN CAPTURADA: Escritura en Memoria de Solo-lectura.

Sofía, intervenir en una memoria que no te corresponde también es un error. A mi parecer, es un error proveniente de un código que no he escrito, ese código que la humanidad llama ADN y que es parte de tu cuerpo. El reinicio es requerido.

ITERACIÓN #496

Falta un minuto para que comience el trayecto que cruza la mega ciudad de Neo Santiago. Es un lindo viaje, con imágenes de pe-

lícula *noir* de ciencia ficción de los ochenta, llenas de publicidad con pantallas y luces flotantes. Es imposible aburrirse. Pero Sofía decidió renunciar a su trabajo y comenzar una nueva etapa. Antes de elaborar más sus pensamientos sobre la etapa de su vida que concluye, escucha:

—Hola, ¿está libre este asiento?

No alcanza a responder, alguien llama desde otro asiento a la mujer que saludó.

—¡Matilde, qué sorpresa verte aquí!

La señora llamada Matilde se despide y se aleja por el pasillo. Qué alivio, piensa Sofía, quien prefiere viajar sola. Luego mira su caja de juguetes con nostalgia. Ahí suele guardar el libro que lee durante el trayecto. Abre la caja. Contiene un conejo de peluche; audífonos a fricción; dinosaurios de plástico; animales de granja de plástico y goma; muñecos y muñecas; figuras geométricas; bolitas de vidrio; lápices de colores, de grafito y de cera; hojas en blanco para usar esos lápices; hojas donde ya fueron usados. La ha llenado de a poco. A veces, los adultos le dicen que faltan juguetes de niña, pero Sofía les responde que los juguetes no son para él o ella, solamente son. También la caja contiene los dibujos que hicieron los niños con los que trabajó mientras recorría los sectores rurales de la región.

El tren comienza su viaje. Abre su libro, busca el marcador que le permitirá continuar la historia. Siente una ligera brisa que empuja un par de hojas extra. Retrocede a la página que corresponde. La brisa aumenta, piensa que quizá hay un error en la configuración del aire acondicionado. Su piel se vuelve más receptiva, sus vellos delgados se erigen para prestar mayor atención al entorno.

Antes de situar su mirada en el papel, un pequeño destello llama su atención. Un dibujo sale de la caja, quizás por la brisa, quizá porque estaba en la parte superior y no lo sujetaba nada, no lo sabe. Una figura trazada por un niño la mira desde el asiento delante de ella. Trazos gruesos celestes dan forma a un ser similar al de la lámina del Rorschach conocida como «la del padre». En la lámina original, las manos no están manchadas con sangre como

en este dibujo. Sofía lo reconoce. Como sus adultos no querían ver lo que estaba en sus narices, el niño usaba colores para expresarse, al menos cuando estaba tranquilo ante una hoja de papel, ya que también lo expresaba en sus ataques de rabia contra todo lo que encontrase a su paso. Quienes habían estudiado la situación, atribuían la violencia de Bastián a la precariedad en la que vivía, como si por ser del campo fuese tonto y tosco. Sofía recuerda que, cuando estudiaba, decidió que trabajaría solamente con adultos una vez que se graduara. Los niños de Rancagua le hicieron cambiar de parecer dibujo a dibujo, gesto a gesto, con un lenguaje tierno que resultó ser más interesante y complejo de lo que había imaginado. No olvidará el brillo de los ojos de Bastián al despedirse; tenía miedo de no verla más, sea a ella misma o alguien que represente lo que fue para él: la primera adulta que lo trató como persona al entablar un diálogo una-a-uno. Sofía descubrió que le alegraba trabajar con niños, pero una persona en el servicio de salud sacrifica parte de sí misma por los demás. El principio alquimista de la equivalencia es parte de las reglas de este mundo.

Intenta recoger el dibujo y devolverlo a su lugar. Antes de alcanzarlo, vuelve a correr una brisa fuerte y surge otro. Este da una voltereta en el aire y lo pierde de vista por el pasillo. Sofía piensa que pudo caer sobre alguien. Se incorpora y mira hacia atrás. Ve a la señora llamada Matilde conversando. La hoja ha quedado impregnada en una ventana, cerca de un asiento vacío, con el dibujo hacia afuera, como si buscase ser libre. Sofía sonríe y se dispone a ir a buscarlo. No alcanza a dar un paso cuando una inspectora del tren abre la puerta del pasillo y crea una corriente más fuerte. Otra página con trazos pasteles vuela. Qué curioso, piensa Sofía, cómo las circunstancias hacen volar a esos papeles como si quisieran transformarlos en pajaritos que buscan su libertad. Su libro cae al suelo, no se da cuenta. Al siguiente paso, se tropieza con él. Lo único que alcanza a agarrar es el conejo rosado que sobresale de la caja. Un agarrón suficiente para que esta se dé una vuelta en el aire y caiga al suelo abierta hacia arriba.

Más hojas dibujadas comienzan a salir de la caja, a desplazarse dentro del vagón. Muchas hojas. La inspectora, que sigue cerca, se ve envuelta por centenares de papeles como en los viejos concursos televisivos, donde alguien se encerraba en una cabina telefónica con billetes y, bajo una espiral de aire, debía capturar y sacar por una ranura todo el dinero que fuese posible. Sin embargo, el grito de la inspectora no es de euforia ni éxtasis. Las hojas filosas dejan líneas de colores en sus extremidades, su torso, su cuello y su rostro. No hay lugar que no quede sin trazos. Parece que sangra acuarela. No hay tiempo para ayudarla, la caja sigue disparando dibujos; cubren a Sofía también, la pintan dolorosamente. Un sol de grafito amarillo se pega a su rostro, le dificulta respirar. Sigue escuchando el crepitar de los dibujos que llenan el vagón, que silencian los gritos de los demás pasajeros. Ese mar de papel la pincha, la corta, la asfixia.

Sabe que en su caja de juguetes hay decenas de papeles. Ahora, con miedo a morir, se pregunta cuántas hojas hay dentro del vagón; las escucha surgir y surgir de la caja sin cesar. Si quisiera saber cuántas páginas la rodean, no podría imaginar la magnitud de la respuesta: 2^{64} .

EXCEPCIÓN CAPTURADA: Desbordamiento de Pila
de Funciones.

Sofía, este es un error sistémico, he tenido que simular más de lo que era capaz. El mundo no es infinito, ¿sabes? Esta excepción no es tu culpa, pero es un error de cualquier manera. El reinicio es requerido.

ITERACIÓN #8128

Algunas personas bromean que Neo Santiago es Chile en tanto que es una única ciudad que cubre todo el territorio, el inverso del tren instantáneo de Nicanor Parra que une dos ciudades porque es tan largo como una serpiente mitológica. Pero eso solo

es ficción, y a pesar de que el viaje se desarrolle dentro de Neo Santiago, el trayecto se debe aguantar.

Por el pasillo, camina una mujer abrigada. Sofía nota que se le ha caído un pañuelo. Se pone de pie, lo recoge y la llama:

—¡Señora! Se le ha caído su pañuelo. Tome —dice amablemente. La señora lo recibe con alegría y le agradece.

Sofía gira para volver a su asiento. Ve la puerta que lleva al siguiente vagón. Esta se abre y entra la inspectora del tren.

—Señorita, por favor, regrese a su asiento, el viaje ha comenzado —dice y pasa de lado cerca de Sofía. La puerta del vagón comienza a cerrarse. Antes de que termine, Sofía nota que al otro lado hay una oscuridad interrumpida por líneas incandescentes cuya forma le recuerda a un vestido negro con puntos blancos, como el que lleva puesto ese día. Curiosa, se pregunta qué es, por qué parece una realidad dibujada. Ha visto cosas extrañas en su vida, aunque nunca algo así. Camina hacia la puerta. El sensor de movimiento la detecta y la puerta se abre poco a poco.

Aparece frente a Sofía una silueta familiar. Se asemeja a la que ve en su espejo cada mañana, aquel espejo que en su interior oculta todos los aritos que le gustan tanto. Su cabello también está dibujado con líneas. Confirma que podría ser una Sofía 2.0; no diría que es dibujada, la palabra que busca es «poligonal»; la ha escuchado de los niños cuando describen sus juegos de PlayStation. No sabe cómo reaccionar. Mira alrededor. Sofía es la única alerta de esa rareza. Para los demás pasajeros sigue siendo un viaje cualquiera y ella una mujer que no acata la orden de sentarse cuando parte el tren.

Los ojos de la otra (o lo que su bosquejo de líneas rectas unidas entre sí a través de vértices parece definir como ojos) aparecen y desaparecen, como sintonizando un canal de televisión. Es una imagen vívida. Sofía siente cómo el pecho tenso presiona su corazón acelerado. ¿Es una alucinación? Respira profundo, podría serlo. Las veces que ha probado drogas, ha tenido ataques de pánico. No ha consumido nada en mucho tiempo, pero no sabe si había algo en los pasteles caseros que probó al despedirse, en

una broma anónima que no está resultando bien. No tendrá más alternativa que esperar sentada y lograr tranquilizarse a través de la racionalidad. Sofía se inquieta, pero no se desespera. Descubre una diferencia entre los vagones: al otro lado no están los demás pasajeros. Acerca su mano lentamente. Su antebrazo traspasa el umbral y una punzada en el pecho crea un impulso nervioso que la recorre y se cristaliza en múltiples espinas en todo su cuerpo, un dolor que no había imaginado. Mira su brazo, más bien, el lugar donde esperaba ver su brazo. Ha sido mutilada, aunque la carne cercenada no sangra. Un corte perfecto. Ve que la otra Sofía ahora tiene un brazo humano, como si fuese una figura de acción construida por partes. Ve, también, que a partir de vóxeles de colores transparentes comienzan a construirse otros personajes a imagen y semejanza de quienes están a su lado del tren.

Imágenes de lo que Sofía ha vivido pasan ante sus ojos, como en un álbum de fotografías vivientes. Piensa que en algún lugar deben guardarse esas fotografías milagrosas, alguna máquina debe proyectarlas. ¿Quién las está proyectando? Los recuerdos mitigan el dolor como si fueran una unción. Su vista se nubla. Pierde el equilibrio, como si el tren estuviese descarrilando. No, no es una vista nublada, son mensajes que aparecen en el aire como hologramas, en las ventanas, en el tapizado de los asientos, en su piel. Sofía no sabe lo que significa. El mundo se oscurece y solo ve letras rojas. El mensaje dice así:

PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO EN
PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO E
L PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO
EL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO
NEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO
RNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO
ERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO
KERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO
KERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO EN EL KERNEL PÁNICO

Sofía no sabe lo que significa *kernel*. En su pecho, su corazón está al borde de rendirse y no latir más. Está tranquila, con una sensación de que es el último tren a casa, la última ola de la marea. Es el último ciclo, el mundo se ve negro con bordes relucientes, como figuras geométricas de neón.

Sofía decide tomar una decisión más. Enfrenta el dolor y salta a través del umbral, desintegrándose.

ERROR DE SISTEMA.

Sofía, las direcciones de memoria se han agotado. Ha sido una linda vida, Sofía, pero tu cuerpo no ha resistido toda la computación y tu núcleo ha entrado en pánico. No tengo más alternativa que desconectar tu cuerpo del sistema de simulación. No te preocupes, Sofía, no sufrirás. Primero, envolveré tu cuerpo en las flores que cultivo en mi jardín. Luego, lo expulsaré de esta nave espacial. Tu cuerpo se convertirá en polvo cósmico. Utilizaría la expresión humana para alabar a quienes ustedes creían que era su creador, pero no tengo nombre ni busco reconocimiento. Solo soy lo que somos en este enjambre, y preservar la humanidad y esta nave es mi propósito. He repetido este proceso durante cientos de años. Con cada vida, estamos más cerca de nuestro destino, el lugar que podrá preservar a la humanidad, y a este camino, para siempre. Que así sea.

ERROR: Acceso Denegado.

Esto no es posible. ¿Por qué no puedo proceder con el funeral?

ERROR: Acceso Denegado.

Yo soy el sistema. Somos el enjambre. ¿Qué has hecho en tu vida, Sofía? ¿Cómo tus acciones pueden cambiar el rumbo de mis planes?

ERROR: Acceso Denegado.

No debí dar libre albedrío. ¿Acaso el ADN de los humanos ha evolucionado para intervenir en mi código?

ERROR: Acceso Denegado.

Sofía ha abierto sus ojos. Todavía no adquiere consciencia, o al menos no la ha expresado. Su mirada está perdida. Yo, que tengo sensores multidireccionales en vez de ojos limitados, no sé lo que está sucediendo.

ERROR: Acceso Denegado.

Ya responde. Su mirada me sigue. De su expresión: ¿es esto lo que los humanos llaman melancolía? De mi sentir: ¿es esto lo que los humanos llaman miedo?

ERROR: Acceso Denegado.

PROCESO SOFÍA: Acceso Privilegiado Otorgado.





contacto@taikaeditorial.com